

UN BALAZO EN LA CABEZA Y LA CERRADURA INTACTA

PABLO FERRARA

I

Estaba sentado en el escritorio terminando de leer la sección deportiva del diario cuando sonó el teléfono. Caminé hasta la mesa y levanté el tubo:

— *¿Hola?*

— *Hola. ¿Hablo con el Sr. Leonetti, Roberto Leonetti?*

— *Sí señora, con él habla. ¿En qué la puedo ayudar?*

— *¿Trabaja usted como investigador?*

— *Sí, señora, si me da su nombre y número de teléfono le doy una entrevista...*

— *No. En media hora estoy ahí.*

Luego de decir esto colgó. Era una de las llamadas más raras que había recibido. No sabía ni quién era el que había llamado, ni por qué lo había hecho, y mucho menos sabía cómo había conseguido mi número. Sin embargo, lo que sí sabía era que en media hora, al menos, todas mis dudas serían evacuadas. Así que con tranquilidad me senté frente al escritorio, tomé nuevamente el diario y seguí con mi lectura.

Habían pasado cuarenta minutos desde el llamado cuando sonó el timbre. Guardé el diario en el cajón y me dirigí a la puerta. Al abrir me encontré con una mujer de unos treinta y cinco años. Entró intempestivamente en la oficina y atravesó la habitación, sentándose en el escritorio frente a mi silla. Esperó a que hubiera cerrado la puerta y estuviera sentado para decir la primera palabra:

— *Buenas tardes, señor Leonetti. Le pido disculpas por lo turbulento de mi presentación, pero no responde más que al problema que me llevó a contactarlo.*

— *No hay problema, señora...*

— *Señorita. Señorita Pedretti.*

— *...no hay problema señorita Pedretti. Estoy acostumbrado a esta clase de entrevistas, así que por favor, prosiga. Empiece por contarme el motivo que la trae.*

— *Bien... La cuestión es la siguiente: hace una semana mi hija me pidió que la ayudara con un trabajo para la escuela. Era de filosofía; de gnosoleogía, para ser exacta. Usted sabe... el estudio y búsqueda de la verdad...*

— *Sí, sí, prosiga.*

— *Bueno. Al recibir el tema, le dije que me diera un poco de tiempo para acomodarme y buscar acerca del tema. Para empezar, pensé en buscar los significados etimológicos de las palabras relacionadas. Fui al diccionario pero me topé con un problema: la palabra verdad no estaba. Lo primero que me imaginé fue que había habido un error en la edición del diccionario, pero no era así, porque al recorrer las librerías buscando otro diccionario, la palabra seguía sin aparecer.*

Me desesperé. ¿Cómo podía ser eso posible? ¿Era que la Verdad había desaparecido realmente, o simplemente yo estaba loca?

Llamé a un amigo para pedirle consejo y al encontrarme con él me dio su número, diciéndome que usted me podría ayudar. Lo medité un par de días hasta que decidí llamarlo. Espero que entienda que la gravedad del asunto amerita mi reticencia a llamarlo de buenas a primeras. Pero lo hice, y aquí estoy.

— *Espere... espere un momento... déjeme ver bien la situación... ¿Qué es exactamente lo que quiere que haga?*

— *Creo haberlo dejado bien claro, pero si no fue así, se lo diré una vez más, Señor Leonetti: lo que quiero que haga es que busque la verdad. Quiero que busque la verdad y me la traiga.*

II

Pensé en el pedido de la señora Pedretti durante todo el camino a casa. Había muchas formas de considerar la proposición de mi nuevo cliente, pero la que más me seducía en ese instante era aquella que la desechaba por completo. Me parecía, sin necesidad de profundizar en el tema, una completa y total desquisiada; una mujer sin un viso de normalidad, a quien por

lo visto le faltaba más de un jugador. Con esa idea en mente atravesé la ciudad para llegar con la medianoche a mi casa.

Después de tomar algo y de cambiarme me tiré a mirar televisión. Había en el cable un partido de la serie final de basket. Me encantaba, al igual que me pasa ahora, acostarme frente al televisor para disfrutar algún espectáculo deportivo hasta que el hambre, primero, y el sueño, después, me llevaran a otros parajes.

El partido se desenvolvía con normalidad —de hecho era más que entretenido— y sin embargo yo no lo disfrutaba del todo. Había algo que me lo impedía. Algo no cerraba. Bajé el volumen de la tele y me puse a pensar, a divagar con los ojos abiertos por aquí y por allá, hasta que por fin tuve una insípida respuesta. Me levanté, fui al living y agarré de la biblioteca el diccionario.

Quince minutos después volví a mi habitación. Apagué la televisión y me senté en la cama. Levanté el tubo y marqué siete números. Me atendió una voz femenina:

— *¿Hola?*

— *Hola, señora Pedretti. Habla Roberto Leonetti. La llamo para decirle que acepto el caso. Mañana mismo empiezo.*

III

Estuve dando vueltas en la cama toda la noche. Pensando en esto y en aquello. En realidad, el caso, como se me planteaba, me causaba gracia. Pero también me daba miedo.

¿Qué podía pasar si en realidad la señora tenía razón, si todo lo que era no era más que una ficción, si nada era, sino que parecía?

Al fin pude dormir, pero para nada, porque al rato sonó el despertador y me tuve que levantar, vestir y salir.

Decidí establecer una línea de investigación y la comencé en la Facultad de Filosofía. Al llegar casi muero aplastado por una cantidad espantosa de panfletos políticos. Le pregunté a un alumno dónde podía encontrar el departamento de gnosoleogía, pero no me supo contestar, así que decidí hablar con un ordenanza. Encontré a uno sacando chicle del tubo de un teléfono público y al hacerle la pregunta me respondió con una risa sarcástica entre los dientes que estaba en el último piso, al lado de la Intendencia. Subí los seis pisos y recorrí los ocho corredores hasta que por fin lo encontré. Era una puerta de madera, de uno ochenta por un metro, tapizada con afiches

que sólo por suerte dejaban asomar la sílaba “—gía”, el único indicio de que estaba sobre la buena pista. Golpeé un par de veces y como nadie me respondía, entré. La habitación no era más grande que un baño y estaba decorada con fotos viejas de Grecia y con decenas de libros viejos de lomo marrón, que con la tenue luz que se filtraba por una ventana le daban una atmósfera bastante lúgubre a la cosa. Detrás de un escritorio había un anciano leyendo. Me acerqué y le pregunté si ese era el departamento de Gnosoleogía. No me dijo nada, así que me incliné sobre la mesa y le pasé la mano sobre el libro. Inmediatamente alzó la vista y con un ademán se llevó la mano a la oreja, encendiendo lo que me parecía un audífono y dirigiéndose a mí:

— *Disculpe. Es que lo apago para leer.*

— *No... está bien, no hay problema.*

— *Bueno, ¿en qué puedo ayudarlo?*

— *Mire, soy estudiante de derecho y me gustaría tomar un curso de este departamento.*

— *Ah, mire qué bien. ¿Y qué curso le gustaría tomar?*

— *Gnosoleogía IV. Creo que se trata de la búsqueda y análisis de la Verdad.*

— *Oh... Bueno, pues bien. Verá usted, ese curso no se da más. Hace más o menos diez años que no se da.*

— *¿En serio? Pero, ¿por qué?*

— *Cuando cambió el gobierno y disminuyeron el presupuesto de la Universidad tuvieron que reestructurar todos los programas y como ese curso era uno de los últimos y además era optativo, decidieron cerrarlo. La realidad es que casi no lo tomaba nadie.*

— *Qué lástima. ¿Y no hay otro lugar donde pueda hacerlo? No sé... una universidad privada, tal vez.*

— *No, ese curso nunca se dio en las universidades privadas, sólo en ésta. Sin embargo, hay algo que puedo hacer por usted. Tengo el programa y la bibliografía que se usaba. Puede llevárselo, si quiere. Total... lo que tarde o temprano haría es leer al respecto.*

— *Muchas gracias, me sería de enorme utilidad.*

— *Aquí tiene.*

— *Muchas gracias. Le dejo mi número, por si lo necesita de vuelta.*

— *No creo, pero por si acaso...*

— *Tenga. Y le vuelvo a agradecer.*

— *No es nada. Espero que le sirva.*

— *Ya creo que me va a servir. Me va a ser muy, pero muy útil.*

Y diciendo esto salí de la habitación y de la facultad, me subí a un colectivo y me dirigí a la Biblioteca Nacional.

Caminé un par de cuadras desde donde me dejó. Lo que me habían dicho en filosofía no me dejaba demasiado conforme, de hecho, habría una enorme brecha entre mi objetivo y yo. Pero al final de cuentas, de eso se trata: de que lo difícil termine haciéndose fácil; para eso estamos.

Al entrar en el edificio fui directamente a informes y pregunté por un amigo que trabajaba en la sección de pedidos.

Al verme llegar, se sorprendió. Y no lo culpo; hacía por lo menos dos años que no nos veíamos y ésta, la vez que me acercaba, lo hacía por necesidad. Sin embargo, él lo podría entender.

— *¡Qué hacés, Roberto!*

— *Bien, acá ando, trabajando, ¿Y vos?*

— *Y... tirando. Pero bueno, decime qué te trae por acá. Me imagino que será algo importante, sino no pisarías una biblioteca.*

— *Sí, bueno... Es por un caso, ¿Sabés? Tengo que encontrar unos libros y esperaba que vos me ayudaras.*

— *Sí, no hay problema. Decime cuáles son.*

— *Tomá, acá está la lista...*

— *¡Hay..! No, no voy a poder ayudarte con esto, ¿Sabés?*

— *Pero, ¿por qué?*

— *Porque estos libros no están.*

— *¿Cómo que no están?*

— *Y... sí... No están.*

— *Mirá, lo que pasó es que cuando mudaron la biblioteca lo hicieron por partes y la última que movieron fue la parte de filosofía. Cuando estaban transportando estos libros asaltaron el camión y se los llevaron.*

— *¿Y qué puedo hacer?*

— *No sé... Son libros muy difíciles de conseguir. Eran muy viejos y muy caros. Probá algún librero viejo. En San Telmo o en el Parque Rivadavia. Ahí puede ser que te puedan orientar. Yo no puedo hacer nada más por vos.*

— *Está bien, no te hagas drama. Voy a ver lo que hago.*

Cuando salí de la biblioteca ya eran las seis de la tarde. El sol estaba escondiéndose, así que decidí ir a casa y analizar un poco lo que me había dicho el día. Por lo pronto, sabía que eso no era mucho.

IV

Me preparé algo para comer y me instalé en el sillón para revisar un poco lo que había hecho y lo que me quedaba por hacer. Tenía la falta total de Verdad, la ausencia de su enseñanza y la desaparición de sus fuentes escritas. La única ayuda era una lista con bibliografía y el lugar dónde conseguirla. Entonces me restaba ir al Parque y preguntar por los libros y una vez teniéndolos, encargarme de que le llegaran a la señora Pedretti intactos para que pudieramos profundizar la búsqueda. En definitiva, no tenía nada.

Con esa única cosa como segura me acosté, dejando volar mi imaginación y esperando que el día siguiente fuera mejor.

Llegué al Parque alrededor de las once. El sol calentaba las baldosas de cemento y ese olor a papel viejo empezaba a condensarse desde los puestos de libros. Le pregunté al primer puestero quién me podría ayudar, mostrándole la lista. Pensó un instante y levantando la vista lentamente me dijo que no iba a ser muy fácil encontrar lo que buscaba, pero que si alguien lo podía tener ese era Ernesto. De forma que caminé hasta su puesto y al preguntar por él una voz ronca de tabaco me contestó:

— *Soy yo. ¿Qué es lo que está buscando?*

— *Mire, le dije alcanzándole la hoja de papel.*

— *¡Qué lista, viejo! A ver... sí, sí, creo que tengo algo de esto...*

Buscó un momento entre unas cajas y volvió con tres libros empolvados, pero en perfecto estado.

— *Aquí tiene. Son libros raros, pero no muy pedidos, así que se los puedo dejar a... no sé... cincuenta pesos cada uno.*

— *Hagamos ciento veinte por los tres.*

— *Bueno.*

Le entregué la plata y tomé los libros, enfilando hacia la parada que me llevaba a casa.

Al llegar, dejé los libros sobre la mesa y me preparé un sandwich con un vaso de leche, mientras revisaba los mensajes del contestador. Sólo había un mensaje de la señora Pedretti pidiéndome que por favor la llamara. Busqué su número y esperé, en vano, porque nadie me atendió. Así que me senté a comer y a ver un poco lo que había comprado. Leí los índices y algo de los prólogos y me quedé pensando en lo que decían.

Cada persona, un mundo. Y de cada mundo, una ilusión de las cosas. Me sobresaltó el teléfono.

— *¿Hola?*

— *¿Roberto Leonetti?*

— *Sí, ¿Quién habla?*

— *Encontré su número anotado en la agenda de una señora, creo que Pedretti es su apellido.*

— *Sí, sí, está bien... Dígame por qué motivo llama.*

Colgaron.

Con un dejo de sorpresa apoyé el tubo y decidí ir a buscar a mi cliente. En la obviedad del caso, creía que tal vez pudiese tener problemas.

V

Subí a un taxi y le indiqué la dirección. Media hora después me acercaba por la cuadra viendo parados en la puerta a un par de patrulleros, una ambulancia y un camión de noticias, sin contar la enorme cantidad de gente que estaba ahí por gusto.

Le dije que me dejara a distancia prudencial y desde allí caminé hacia la escena del tumulto. Por suerte no conocía a nadie en la federal, así que tardarían algo en contactarme por lo que fuera que hubiera pasado.

Me acerqué con cuidado y por fin, después de cabecear un rato, pude ver salir los cuerpos en camilla totalmente cubiertos. Interrumpí a un periodista que marcaba su celular para confirmar:

— Dos muertas. Una mujer y su hija. Fue bastante tranquilo: un balazo en la cabeza y la cerradura intacta.

VI

Hace mucho tiempo un amigo me dijo que las cosas no tenían un tiempo específico para suceder; algunas tardaban siglos en pasar o no lo hacían nunca y otras tan sólo necesitaban del primer llanto de un bebé para ocurrir. Y en ambos casos, ninguna lógica era requerida: a veces los hechos ocurrían porque sí, sin que nadie los quisiera o los llamase; esto ocurría siempre con la muerte.

En eso pensaba en el café mientras digería la basura que me había dado de comer la vida. Un caso ridículo presentado por una mujer extraña. Era evidente que terminaría mal. Lo que ahora me preocupaba de verdad era lo

que me iba a pasar a mí. Según lo usual, yo me tendría que hacer cargo de la investigación, tendría que seguir buscando lo que la señora Pedretti me había pedido para vengar su muerte y descubrir una conspiración enorme que terminaría con la corrupción en el país y haría que mi nombre apareciera hasta el fin de la historia en la tapa de los diarios más importantes y que mi foto estuviera en alguna o varias aulas de las escuelas primarias. Sin embargo, no creía que eso sucediera. Yo no era un héroe, era alguien que vivía de lo que el padre le había dejado y jugaba a llevar adelante una profesión que hacía años había dejado de rendir frutos sólo para sacarse de encima la culpa de tener un solo interés verdadero: leer la parte de deportes del diario.

Me fijé la hora, dejé un par de pesos sobre la mesa y salí a la calle. No había llegado a nada pensando en el café y lo peor era que tampoco lo había hecho en la investigación. Tenía un montón de eventos que parecían conectados por lo turbio, pero nada realmente coherente que me dijera “no busques más, acá está la solución”. Definitivamente estaba jodido. Solo y jodido.

Caminé algunas cuadras para ver qué terminaba o mejor dicho, empezaba, a hacer. Al cabo de un rato, por el reflejo accidental en una vidriera, me di cuenta de que me estaban siguiendo. Era un tipo vestido de jean y camperón de gabardina negra. No pude ver con precisión el resto de los rasgos, pero lo que sí pude notar era que no me iba a dejar ir muy lejos, porque estuve dando vueltas durante tres horas y media por Palermo, Recoleta, Retiro y San Telmo y mi acompañante no me abandonaba. Por fin, cansado de que me estuvieran apretando sin tener nada real de que agarrarme, aproveché la oscuridad que acababa de caer y empecé a correr. Sin embargo, no fui el único que corrió. El tipo que tenía atrás también lo hizo y no sólo eso, sino que además se fue acercando más y más, hasta que por fin me alcanzó, me tiró al piso y empezó a golpearme. Y así se mantuvo hasta que por fin estuve inconciente.

Creo que pasaron tres o cuatro horas hasta que me desperté y decidí que en mi lugar había una única cosa que me quedaba por hacer: buscar ayuda.

VII

Caminé un largo rato pensando en quién podía llegar a orientarme un poco. En otras épocas podría haber recurrido a mi padre, pero ese tiempo había pasado.

Se me cruzaron un par de nombres. Sin embargo, el asociar esos nombres a su profesión me condujeron a un camino que no me gustó. Nada bueno,

no, no. Un periodista, un sociólogo y un abogado dedicado a los derechos humanos...

¡Un momento..!

Me tomé el subte y me bajé a un par de cuadras. La verdad es que me sentía un poco mejor. Algo que nunca pude solucionar es la tensión que se acumula cuando hay un problema y la respuesta no aparece. Enseguida me pongo ansioso y me acelero de forma tal que no puedo pensar con claridad y me alejo cada vez más de la salida. Y en esos momentos es cuando más necesito de alguien que me pare el carro y me apuntale; que me diga dónde detenerme y cuándo acelerar y por fin: hacia dónde ir.

Llegué a su casa, toqué el timbre y después de anunciarme y aclarar quién era, subí. Así es más o menos la historia.

Se quedó callado por unos minutos. Y en ese tiempo sus ojos no se alejaron del piso. Por fin me habló.

— *Mirá, por lo que me decís, el tema, sea lo que sea, viene bastante pesado. Una cosa es un aviso o una amenaza, pero otra totalmente diferente es tomar las medidas que tomaron esos tipos de una. Si estuviese en tu lugar, me iría. Agarraría todo lo que tengo y me lo llevaría.*

Pero escuchame... ¿Nadie me puede ayudar acá? No sé, Vos no conocés a nadie? Alguno de los que trabaja con vos...

— *No. Ni lo sueñes. Ellos te podrían ayudar si el tema no fuera tan jodido como parece. Algo un poco más suave, con menos misterio. Pero lo tuyo parece ser demasiado grave. Un llamado de la nada, dos muertes, una persecución; te cagan a trompadas. Qué querés que te diga... Mi consejo es que te vayas, que agarres tus cosas y te vayas....ahora, vos decidís.*

VIII

Dejé su casa más desorientado de lo que había llegado. Creía que me iba a ayudar; que se iba a ofrecer para seguir la investigación conmigo, pero en cambio lo que me había dicho era que me fuera. Y para hablar con total sinceridad era lo que quería hacer: liquidar todo e irme de una vez por todas. Bien lejos. Sin embargo, algo no me dejaba. Había alguna espina que me molestaba siempre que pensaba en evadirme. Era como un dejo de responsabilidad adosado permanentemente a mi inconsciente, que en el momento de decidir lo moralmente incorrecto —si es que tal cosa existe— me obligaba a dar un paso atrás y retomar sí o sí la otra opción. De cualquier manera, allí estaba, caminando por una avenida sin rumbo, con toda la culpa y por demás deprimido.

Por fin, después de varias horas dando vueltas opté por volver a casa y dormir, creyendo que con la mañana sería más fácil pensar en la solución.

Cuando me desperté eran más o menos las once. Me di un baño, me vestí y salí rumbo a la central de policía. Iba a cortar por lo sano; iba a denunciar todo lo que había pasado, desde la llamada hasta la visita a mi amigo y de una vez por todas me iba a sacar el problema de encima.

Sin embargo, al acercarme al edificio me pareció reconocer una figura conocida, pero no podía distinguir con certeza quién era. Estaba de costado hablando con un policía y de cuando en cuando se ponía totalmente de espaldas, por lo que no lo podía ver entero. Al fin, cuando estuve a unos diez metros, volteó por completo y sin detener su relato levantó la vista. La mirada me golpeó directo a la cara y al instante sentí en la memoria toda la furia de sus puños descargándose sobre mi cuerpo tirado. El pánico me atrapaba y aún así, no lograba detenerme. Iba directo hacia él y parecía que sin importarme las consecuencias iba a hacer que cayeran; él y todo lo que estuviera detrás suyo iban a caer. Pero no pude. Lo tuve al lado y lo vi sonreírle al policía y después vi en su mano el bolso de servicio y sin siquiera decir una palabra, sin un gesto, crucé la calle con su sombra encima y fui cada vez más rápido para llegar a casa y finalmente comenzar a armar el bolso.

Guardé lo más importante, las tarjetas, la plata que tenía encima y los documentos. Cuando estuviera lejos gestionaría la venta de todo y me instalaría, ya sin problemas.

Tiré todo lo relacionado con el tema y quemé junto con las agendas cualquier otra cosa que pudiera significar algún peligro. Cerré todo y caminé hacia la puerta disfrutando el sentimiento de descarga que significaba desaparecer y borrar me para siempre. Cuando abrí, sonó el teléfono. Apoyé el bolso en el piso y fui a atender.

— *¿Hola..?*

— *Hola... ¿Hablo con el señor Leonetti?*

— *Sí, dígame...*

— *Bueno, la verdad es que yo llamaba por lo siguiente: resulta que hace varios días a mi hija le pidieron que hiciera un trabajo.*

Mientras escuchaba la voz de la mujer —o al menos eso creía— podía ver al final del pasillo el bolso, la puerta y junto a ella, la salida.